



## Orígenes de la cultura vitivinícola en La Rioja Urbano Espinosa

Resumen de la conferencia pronunciada  
en la Cofradía del Vino de Rioja  
el 28 de abril de 2017

Desde el s. VII a.C. aparece en las costas oriental y meridional de la Península Ibérica el cultivo del viñedo traído por los colonizadores griegos y fenicios. Ellos fueron los introductores de una auténtica cultura vitivinícola mediterránea y de ellos la aprendieron primero los pueblos indígenas costeros y luego los de más al interior hacia las cuencas del Guadalquivir y del bajo Guadiana, así como por una franja del Levante y del Nordeste cuyos límites no rebasarían los cursos bajos de las principales arterias fluviales. Hasta el s. III a.C. los territorios del Ebro Medio riojano-navarro quedaron ajenos a ese proceso. Aquí la vitivinicultura mediterránea llegaría más tarde y fue una consecuencia de la presencia de Roma.

### 1.- De la cerveza al vino

Cuando Roma inició la conquista del Ebro Medio a principios del s. II a.C., la cerveza sería el principal alcohol de consumo de las poblaciones indígenas; así lo testimonia Estrabón hacia el cambio de era utilizando fuentes anteriores. En el yacimiento del Hierro I de Cortes de Navarra (Alto de la Cruz), aparecen vestigios de *vitis vinifera* en el nivel que los arqueólogos datan entre los siglos IX-VIII a.C.; también en el análisis carpológico de restos localizados en 1986. Parece que se trata de una subespecie silvestre y su presencia en el poblado probaría el consumo de uva como fruto y no la elaboración de vino.

Estrabón añade, tras hablar sobre el consumo de cerveza por los hispanos del interior, una interesante precisión sobre el vino: *Vino tienen sólo escaso y, si lo logran, pronto lo gastan haciendo banquetes con sus familias* (Geografía III 3.7).

Por tanto, en los siglos II y I a.C. los hispanos del Ebro y de La Meseta conocen el vino como producto, seguramente caro, que solo consumen de modo ocasional en festejos familiares y clanísticos ¿De dónde obtenían el vino? Sin duda a través del comercio exterior. El primer vino consumido en los territorios del Medio Ebro fue una de las mercaderías que, desde la conquista romana, traían aquí negociantes itálicos. Lo confirma Diodoro Sículo cuando hacia mediados del s. I a.C. escribe, refiriéndose a los celtíberos (lo que incluye a los de Aragón, Navarra y La Rioja), que “*comen carne variada y en abundancia y toman una bebida de vino y miel, ya que el territorio les proporciona abundancia de miel, pero el vino lo compran a comerciantes que llegan a sus costas*” (V 33-34).

La huella material de tal mercado de ultramar son las ánforas que la arqueología data en los siglos II y I a.C. Su diseño es muy característico, con cuello cilíndrico alargado y

panza también estrecha y alargada que remata abajo en forma puntiaguda por la necesidad precisamente de adaptarse a las exigencias del transporte marítimo.

## **2.- El vino antes que la vid. Importaciones de Italia**

De lo anterior se deduce que en el área riojano-navarra primero fue el vino y solo tiempo después llegaría el viñedo. En los siglos II y I a.C. todavía no existe aquí una producción vitivinícola propia. Los consumidores del vino importado serían en primer lugar las tropas y agentes del estado, los colonos itálicos, los negociantes y todo tipo de aventureros que drenaba hacia Hispania la conquista romana. Entre los hispanos del Ebro el consumo de ese vino, dado su alto costo relativo, quedaría en principio restringido a las élites, pues la mayoría de la población seguiría anclada todavía por bastante tiempo a la centenaria tradición cervecera.

La dispersión geográfica de las ánforas marca el mercado al que llegaban los vinos itálicos. Por el valle del Ebro penetraron en su mitad oriental más intensamente que en la occidental. A comienzos del s. II se datan las primeras ánforas vinarias que proceden de Campania, aunque pronto se incorporaron también los vinos de Etruria, del Lacio o de Apulia. Las ánforas itálicas aparecen por el sur de la Galia, por el norte de África y por Hispania con penetración bastante al interior, si bien las conocidas en el Ebro no rebasan la línea del Alhama. En Contrebia Leucade (Aguilar del Río Alhama), 250 km. al interior del Mediterráneo, se conoce un ánfora datable en el período entre las guerras numantina (133 a.C.) y la sertoriana (72 a.C.). Aguas arriba del Ebro a partir de la desembocadura del Alhama existe un significativo vacío, pero no es argumento excluyente del consumo de vino itálico en la ribera riojana; más bien puede explicarse por el azar de los hallazgos o por el retraso investigador.

Los caldos itálicos dominaron plenamente el mercado hispano durante unos 200 años hasta el último cuarto del s. I a.C. A mediados de esa centuria el número de envases comenzó a decrecer y finalmente desaparecieron en la primera mitad del s. I d.C. Y es que el vino itálico había encontrado serios competidores en la propia Hispania.

## **3.- Llegada del vino layetano y tarraconense**

César primero (49-44 a.C.) y Augusto después (31 a.C.-14 d.C.) otorgaron la ciudadanía romana a numerosas comunidades de las provincias occidentales y crearon diversas ciudades nuevas (colonias) con veteranos legionarios. Esta política territorial se aplicó de modo bastante intenso en el área costera catalana, lo cual llevó a la potenciación de élites locales plenamente romanizadas y económicamente dinámicas que pusieron en explotación sus predios siguiendo modelos itálicos. Priorizaron el viñedo por su elevado rendimiento, de manera que lograron crear desde mediados del s. I a.C. un notable foco productor de vino, cuya presencia se dejó notar pronto por amplios espacios de la Galia meridional y de Hispania. El empuje exportador del nordeste se hizo patente sobre todo desde Augusto, bloqueó la llegada del vino itálico y se mantuvo activo hasta mediados del s. I d.C.

Se exportaron importantes cantidades de caldos por toda la cuenca del Ebro, para lo cual se contaba con la magnífica red viaria que Augusto había creado o mejorado. Hasta entonces el mercado del vino en el occidente mediterráneo tenía carácter global a favor del monopolio itálico, pero la dominancia de los caldos tarraconenses y layetanos derivó hacia mercados de carácter provincial, pues lo que ocurría aquí estaba sucediendo también en otras provincias del Imperio Romano. El vino del área catalana resultaba más barato que el itálico por el ahorro en el transporte, lo cual hizo que su consumo se fuera haciendo cada vez más popular.

En Layetania y Tarragona surgieron, junto a los viñedos, alfares que producían ánforas al estilo itálico. Cargadas con los caldos locales, penetraron intensamente Ebro arriba hasta Iuliobriga (cerca de Reinos). Sus vestigios se hacen ahora muy frecuentes en la mitad occidental de la cuenca, tal como constata la arqueología en diversos yacimientos de Navarra, La Rioja y Álava. Varea era el punto extremo de la navegabilidad del Ebro, como recuerda Plinio, y en su tráfico fluvial hay que contar el vino entre las importaciones y el cereal de la zona entre las exportaciones. En Varea misma se conocen varios testimonios de ánforas hispanas y también al otro lado del Ebro en el término La Aguadera (Viana).

#### **4.- La vitivinicultura mediterránea se implanta en el Ebro Medio**

Mientras el área catalana exportaba sus vinos a las tierra del Ebro, aquí estaba formándose también un foco de intensa romanización y fuerte dinamismo. Su punto de partida fue la creación del municipio Calagurris (Calahorra) de derecho romano hacia el 30 a.C., seguida por la fundación de la gran colonia Caesaraugusta hacia el 14 a.C.; entre ambas ciudades se completó la red urbana bajo Augusto y Tiberio con los municipios de Tarazona, Alfaro (Graccurreis) y Cascante. Ello significa que también aquí, como en el área catalana, arraigó una capa social dotada del derecho de ciudadanía-propiedad y que desde el inicio adoptó las formas agrarias itálicas. Sus iniciativas llevaron hacia mediados del s. I d.C a cerrar el paso a los vinos layetanos y tarraconenses reservándose para sí el propio espacio regional y local, hecho este en cuanto a control de mercados que será el dominante en los siglos posteriores.

Desde el cambio de era el viñedo comienza a ser una realidad significativa en el eje del Ebro entre Bursao (Borja) y Libia (Herramélluri), se consolida hacia mediados del s. I d.C. y se universaliza a partir del último cuarto esa la centuria. Los residentes en las ciudades de la región y también los propietarios de las villas que surgen en el medio rural dedican ya una parte de sus parcelas a la vid. La arqueología así lo confirma, pues el viñedo aparece siempre claramente asociado a las denominadas villas romanas, de las que conocemos numerosos ejemplos en el Ebro Medio y alrededores.

En la villa de Arellano (o de Las Musas) se puede contemplar hoy su hermosa bodega con las vasijas que guardaba, así como los lagares y otras dependencias para la elaboración del vino; un incendio a finales del s. III d.C. destruyó la bodega y buena parte de la villa. Otras importantes evidencias de bodegas en Navarra hallamos en Liédena, Falces, Funes, Sada o Mendavia. En algunos casos la amplitud de las instalaciones muestra que se produce vino a gran escala destinado a los mercados

urbanos y que su venta constituía una parte muy importante de las rentas de los propietarios. Es de destacar que las villas se hallan emplazadas junto a los cursos de los ríos y junto a importantes vías de comunicación, lo cual habla de las pretensiones comerciales que había tras las principales instalaciones vinícolas.

En la ribera riojana del Ebro el panorama debía ser muy similar a Navarra en cuanto a villas con instalaciones vinícolas, pero las investigaciones llevan un notable retraso. Aquí se hallaban las principales ciudades de la región, como Alfaro (Graccurreis), Calahorra, Varea o Tricio, que con seguridad desarrollaron una viticultura avanzada, habida cuenta que en torno a ellas se sabe existieron numerosas villas. En el yacimiento de Parpalinas (Pipaona de Ocón) se han descubierto en los últimos años los restos de una bodega y un lagar, probando que se trata de instalaciones habituales a toda villa romana. En todo caso, los asentamientos vilicarios del Ebro Medio se inician durante la primera mitad del s. I d.C. junto a los enclaves urbanos y se extiende durante el siguiente por ámbitos rurales más alejados. En la línea del Ebro y por los cursos bajos de los ríos tributarios el viñedo era ya general a finales del s. I d.C. cuando se promulga el edicto del emperador Domiciano por el que se obligaba a arrancar la mitad de las cepas.

## **5. Viña versus cereal: élites y plebes**

Había avanzado tanto el viñedo hacia finales del siglo I que motivó una de las pocas intervenciones imperiales que se conocen de carácter restrictivo a la producción. Cuenta Suetonio de Domiciano a principios de los años 90: "*como quiera que un año la cosecha de vino fue copiosísima y muy escasa, en cambio, la de trigo, juzgando que se abandonaban los campos para atender con preferencia al cultivo de las vides, dispuso que nadie plantase cepas nuevas en Italia y que en las provincias se cortasen las cepas dejando como máximo la mitad de las existentes*" (Domic., 7.2).

El edicto apenas surtió efectos porque la oposición senatorial logró sumir al gobierno de Domiciano en la inestabilidad permanente. Suetonio lo apunta con claridad a propósito de unos libelos que se propagaron por Roma en los que se leía: "*Aunque me extirpes de cuajo produciré vino suficiente para rociarte el día en que tú, chivo, seas inmolido*" (Domic., 14.12). Los grandes hacendados no andaban con contemplaciones; el negocio del vino les era tan vital que, frente al intento del monarca de cercenarles una de sus fuentes de riqueza, ahí iba la amenaza de muerte contra él, una amenaza que se hizo efectiva el año 96 al morir asesinado.

La expansión del viñedo en provincias se había realizado a expensas de la superficie dedicada a cereal, pues el vino prácticamente duplicaba la rentabilidad del grano. Difícilmente iban a renunciar los grandes propietarios a obtener el máximo beneficio de sus predios. También en la ribera riojana-navarra, como en otros territorios del Imperio, se había plantado viñedo en suelos antes cerealistas. Extremadamente precario era el equilibrio por el que la mayoría de la gente humilde conseguía satisfacer necesidades básicas como el abastecimiento de pan a precio asequible, pero la proliferación del viñedo en la realidad latifundista del Imperio amenazaba tal equilibrio. Por ello creemos que puede hablarse con propiedad de viñedo *versus* pan;

Domiciano quiso intervenir a favor de la segunda opción, a favor de una subsistencia sin hambre.

La viticultura había animado inicialmente la economía de las pequeñas y medianas propiedades, pero a la larga les trajo la ruina. Solo era cuestión de tiempo, el necesario para que la acumulación de capital por los potentes hacendados las terminara por engullir; y en esa acumulación tuvo mucho que ver, probablemente, el viñedo. No todo propietario estaba en iguales condiciones para competir en el mercado del vino; solo los grandes tenían capacidad inversora en plantaciones y cultivo, en instalaciones bodegueras y en crear una red de transporte y venta. Por eso sospechamos que el avance de la gran propiedad que se dio desde el s. III d.C. en perjuicio del pequeño campesinado tuvo como causa, entre otras, el avance de la viña en la centuria anterior.

## **6.- Universalización de la cultura vitivinícola en Europa**

Fracasada la medida de Domiciano, continuó en los siglos II y III el progreso del viñedo según los libres intereses de la gran propiedad. Creemos que en el Ebro Medio el comercio libre del vino nunca llegó a rebasar, al menos apreciablemente, los límites regionales. Pudo salir vino, eso sí, como un componente del tributo para abastecer a las tropas en la frontera septentrional del Imperio Romano.

Importante es señalar que el vino se había hecho enormemente popular, su consumo había alcanzado a todos los niveles sociales y estaba presente de modo habitual en las mesas, en el trabajo, en el ocio. El mundo simbólico de valores asociados al vino, a su exaltación, que habían desarrollado las antiguas civilizaciones mediterráneas como sinónimo de buen vivir, se implantó también en las provincias romanas generando un horizonte popular plagado de dichos, chascarrillos, canciones e iconografía. Una auténtica 'vinolatría' que pervivirá en Europa más allá de la caída del Imperio Romano de Occidente (s. V d.C.) y que constatamos en cantos goliardos del Medievo como los *Carmina Potatoria*, los *Carmina Burana* o la *Coena Cypriani*.

La arqueología ofrece mucha información sobre la producción vinícola en las numerosas villas existentes en los siglos III al V d.C., pero nada sobre los mercados porque el vino ya no se transporta en vasijas cerámicas que dejan huella permanente; esas vasijas habían desaparecido desde el s. II d.C. Ciertamente el vino se almacena en bodega en grandes tinajas (*dolia*) de unos 700 litros de capacidad, pero no son aptas para el transporte. Parece que desde la centuria citada se recurre a contenedores con menor peso y mayor capacidad que las ánforas, realizados seguramente con piel animal y con madera. Estaríamos hablando de pellejos y cubas que, utilizados durante siglos, habrían llegado hasta los tiempos modernos.

En el proceso de popularización del vino en Europa hay que enmarcar la disposición del emperador Probo (267-282) autorizando a que en Britania, la Galia e Hispania se planten nuevas viñas, para cuyo objetivo comprometió incluso el concurso de las tropas. Parece pertenecer a un paquete de disposiciones tendentes a estimular el cultivo de tierras abandonadas, a potenciar el comercio en quiebra por la crisis del s. III, a servir de soporte a su reforma monetaria y a posibilitar los suministros al ejército septentrional.

La disposición de Probo abrió la puerta a que el viñedo se implantara por primera vez en amplios territorios del occidente romano, más allá de los espacios climáticos típicamente mediterráneos. Debe ser el momento en el que comienza a verse la vid por puntos de La Meseta ibérica y del arco oeste y norte de la Península donde antes no se conocía, por regiones del interior de la Galia (altos Garona, Ródano o Sena), por Germania en las riberas del Rin y del Mosela, en los cursos alto y medio del Danubio y también por el sur de Inglaterra. En realidad se terminó por plantar viña allá donde lo permitían las condiciones climáticas, edafológicas, de altitud y latitud. Fue a partir del s. III d.C. cuando se configuró de modo definitivo la geografía vitícola europea que reconoceremos en la documentación medieval y que en sus grandes rasgos se prolonga en la actual.

### **Conclusión**

La implantación de una auténtica cultura vitivinícola en el Ebro Medio fue consecuencia directa de la integración de la región en los dominios del Imperio Romano. Pero no lo fue de una manera inmediata tras la conquista, porque en las primeras etapas (siglos II y I a.C.) el vino se anticipó al viñedo en forma de importaciones. Primero se propagó el consumo de vino importado de Italia, luego el traído del área catalana y finalmente fue arraigando desde el cambio de era una viticultura regional propia a partir de las ciudades de tipo romano existentes en el territorio como Cascante, Alfaro, Calahorra, Varea o Tricio.

El cultivo del viñedo fue creciendo durante la primera centuria de la era hasta conseguir a finales de la misma hacer ya general y popular la presencia del vino en los hábitos cotidianos de las gentes. A ello contribuyeron de manera definitiva las numerosas villas romanas que surgieron primero en los distritos próximos a las ciudades y desde finales del s. I d.C. también en comarcas rurales más alejadas.

Por tanto, una cultura vitivinícola de tipo mediterráneo en los territorios del Ebro Medio fue una adquisición relativamente tardía en comparación con lo acaecido en áreas costeras de la Península. En todo caso, también es cierto que una vez implantada permaneció durante los siglos posteriores, sin discontinuidad alguna, como un elemento significativo del acervo patrimonial de la región hasta la actualidad.